

LA VIDA  
BORRADA DE  
AMALIA  
FINISTERRE



EMILIO CALDERÓN

LA VIDA  
BORRADA DE  
AMALIA  
FINISTERRE

algaida



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: marzo de 2022

© Emilio Calderón, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)



ISBN: 978-84-9189-706-4

Depósito legal: SE. 103-2022

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Mari Luz,  
compañera de viaje en la vida y en la literatura*



Nacer hombre es una  
enfermedad incurable.

EDOARDO ALBINATI

El día que una mujer pueda  
no amar con su debilidad  
sino con su fuerza,  
no escapar de sí misma  
sino encontrarse,  
no humillarse  
sino afirmarse,  
ese día el amor será para ella,  
como para el hombre,  
fuente de vida y  
no un peligro mortal.

SIMONE DE BEAUVOIR



## PRÓLOGO

**A**MALIA FINISTERRE PENSÓ EN EL PARQUÉ RECIÉN cambiado cuando la sangre que manaba de su cabeza comenzó a derramarse sobre el suelo. Una carísima madera de roble maciza procedente de Bierbaum, en la Estiria austríaca. Habían tardado más de dos meses y medio en suministrársela e instalársela, y ahora temía que se echara a perder. Incluso siguió pensando en ella tras desplomarse.

Acto seguido, se sorprendió de que el reguero de sangre que ahora veía desde sus ojos inmóviles —era como si los músculos que los movían se hubieran desconectado del nervio craneal— aumentaba en tamaño con cada latido de su corazón.

Ejercía la profesión de enfermera desde hacía años, así que conocía el alcance que una hemorragia tan profusa podía ocasionar en su organismo. Si no hacía algo rápido sabía que se desangraría hasta la muerte. Intentó mover un brazo para taponar la herida, pero en cuanto

separó la extremidad del tronco recibió una patada que le clavó las costillas en los pulmones. Exhaló un gemido de lamento, demasiado poco audible para una mujer de su juventud y fortaleza física. El dolor que experimentó esta vez fue más intenso incluso que el que sentía en la cabeza. Era como si los huesos de su caja torácica hicieran de lanzas abriéndose paso en el interior de sus pulmones. Otro tanto sucedió tras recibir la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta patada. Sentía los golpes allí donde su agresor se los propinaba, pero el sufrimiento se incorporaba sin solución de continuidad al caudal sanguíneo, que terminaba por desbordarse a través de la herida de su cabeza. Evaluó las consecuencias de que el borde filoso de una de las costillas fracturadas le hubiera perforado uno de los pulmones, lo que a la larga, en caso de no recibir asistencia médica en un breve espacio de tiempo, podía provocar que colapsara. Claro que si la costilla rota era una de las tres primeras de la parte superior, la que podía verse afectada era la vena aorta. La situación se antojaba tan dramática como inesperada.

En el tiempo que había durado aquella relación, nunca pensó que al tratar de ponerle fin sería golpeada a traición con una de las sillas del comedor, por la espalda. El mismo mueble que tantas veces habían ocupado para dar rienda suelta a sus juegos amorosos. En uno de esos asientos él la había desnudado a ella, y viceversa, y habían cabalgado juntos, sin importarles los efectos de la dura madera sobre sus cuerpos. Sí, en su relación había habido mucha pasión, pero también un compromiso emocional tan fuerte como un nudo doble, hasta el punto de que por momentos

no se comportaban como una pareja, sino como una unidad. Sí, no le cabía duda, ambos habían actuado como seres posesivos las más de las veces, convirtiendo todo lo que rodeaba a su relación en una hipérbole, sin tener en cuenta que la exageración fuera irreal o intencionada; a pesar de todo, siempre habían mantenido el respeto mutuo, por encima de cualquier circunstancia. No en vano, la situación personal de ambos era delicada, casi desesperada. Cuando se conocieron, eran dos personas —con las velas del alma rotas— que navegaban a la deriva en aguas de un mar proceloso. Ahora, era ella la que trataba de alcanzar la costa nadando en el charco de su propia sangre.

¿Por qué no había sido capaz de prever aquel final?  
¿Por qué?, se preguntó.

El dolor se tornó en preocupación cuando su agresor le rodeó el cuello con uno de los cordeles de las cortinas y comenzó a asfixiarla. Esta vez pensó que eran cuatro o cinco los minutos que el encéfalo podía sobrevivir sin oxígeno. Más allá de ese límite entraría en el reino de la vida vegetal, siempre y cuando sobreviviera. ¡Había tratado a tantos hombres y mujeres en estado vegetativo a lo largo de su carrera profesional! ¡Y ahora era ella la que estaba a punto de traspasar ese umbral!

Mientras su conciencia se apagaba, mientras el mundo se difuminaba delante del velo acuoso de sus ojos, trató de discernir si la respiración acelerada que escuchaba en el interior de su cabeza era la suya o la de su agresor. Tal vez fuera la respiración de ambos, pensó, el mismo aliento que tantas veces habían compartido, mientras hacían el amor con las bocas pegadas.

En cuanto se vio cabalgando a lomos de un caballo alado por un túnel que conducía hasta una luz cegadora, supo que ya nada volvería a ser lo mismo, que ya nunca volvería a ser la misma, ya fuera en esta vida o en la otra.



Amalia Finisterre, que había olvidado su nombre, se preguntó por qué el mundo era una esfera llena de oscuridad y por qué, de vez en cuando, se veía obligada a saltar mentalmente unas cuerdas blancas que parecían vibrar al ritmo de sus pensamientos, puesto que no podía moverse. También oía una voz grave que emergía de lo más profundo de aquella oscuridad, y otras más superficiales que hablaban de cosas que no alcanzaba a entender. Voces parecidas a chismorreos que valoraban su estado según algo llamado la escala Glasgow.

«De tres a cinco, se trata de un coma profundo, casi irreversible. Pero el coma de su hija, teniendo en cuenta los daños cerebrales sufridos, tiene una puntuación de entre nueve y diez, lo que nos da muchas más probabilidades de que despierte. Mejor sería que estuviera en el rango de once a quince, sin duda, pero nos podemos dar con un canto en los dientes», dijo una de esas voces.

«¿Despertar, cuándo? ¿Y si lo hace, en qué condiciones?», preguntó otra voz. «Eso no lo sabemos. Superar el coma, en cualquier caso, no siempre supone volver a la normalidad. Lo más probable es que queden secuelas, muchas», advirtió la primera voz.

El mundo oscuro y circular en el que se hallaba sumida ejercía de grueso dique frente a lo que ocurría fuera, por lo que no era capaz de identificarse con la persona de la que hablaban. Ni siquiera recordaba ser hija de nadie, menos aún haber nacido. Tampoco tenía consciencia de poseer un cuerpo físico, o la obligación de hablar, oler, caminar o sentir, según se deducía de las conversaciones que aquellas voces mantenían. En cuanto a los quejidos lastimeros, primero de una mujer y luego de un hombre, que no paraban de exclamar «¡Ay, mi pobre hija!», o «¡Ay, mi pobre pequeña, lo que te han hecho!», tampoco le afectaban. Simplemente, no le atañían. Le parecían un misterio. Todo su mundo se circunscribía, por tanto, a aquella oscuridad, donde reinaba la quietud y donde no era necesario hablar o gritar porque lo que allí imperaba era el silencio más absoluto, así que tampoco le importaba cómo se llamara aquel lugar, coma o cualquiera que fuese su nombre. Aquella burbuja de oscuridad era lo único que poseía, un espacio sin tiempo, de manera que, para ella, las voces, los chismorreos, solo eran interferencias procedentes de una dimensión paralela. Aquella oscuridad circular, aquel cosmos de vibraciones fugaces, en definitiva, era ella. No había más y, por tanto, no había de nada de lo que preocuparse, pues la nada no era ninguna cosa.



La misma pesadilla de siempre había engullido el sueño de la inspectora Sarah Toledano. Una de esas recreacio-

nes del subconsciente que, en apariencia, carecen de sentido, salvo que un especialista se preste a analizarlas. Algo que ella evitaba por considerarlo una pérdida de tiempo. Soñaba que se encontraba en mitad de un campo de refugiados palestinos, entre precarias e insalubres tiendas de campañas atestadas de gente, sobre todo niños, mujeres y ancianos que, cual ejército de zombis ataviados con ropajes ajironados, la cercaban como si estuvieran contemplando a un ser extemporáneo. En realidad, lo que llamaba la atención a aquellas personas, lo que hacía que se acercaran a ella, era su indumentaria: un uniforme de oficial de la Policía de Israel, incluida alguna condecoración, cuerpo al que había pertenecido. Entonces de las gargantas de aquella turbamulta brotaba una cancioncilla que ella conocía a la perfección, una tonada que los soldados israelíes obligaban a cantar a los detenidos palestinos para mofarse de ellos y hacer más ostensible la humillación: «Un humus, una habichuela, amo a la guardia de fronteras». Cuando aquel ejército de desarrapados estaba a punto de devorarla como si fuera una ración de *makluba* recién cocinada —el plato de arroz con coliflor frita, especias y pollo que tanto gustaba a los palestinos—, cuando ya no había manera de escapar del linchamiento que parecía inevitable, oía resonar la voz de su padre, fallecido hacía ya muchos años en un accidente de circulación en España, por encima incluso del ruido de aquella jauría humana. Una voz estentórea, omnipotente como la de una deidad, que proclamaba lo mismo que tantas veces le había oído decir en vida: «Mientras Palestina es un dedo, Israel es la uña de ese apéndice, de modo que existen tres

formas de atajar el conflicto árabe-israelí: amputar el dedo, arrancar la uña o, por el contrario, mantenerlo sano permitiendo la coexistencia de ambos Estados».

Se despertó inquieta y sudorosa, como siempre, pero al instante recobró parte de la calma al percatarse de que se encontraba en su domicilio de Valencia, lejos de Israel y de aquella pesadilla recurrente. El rumor del mar vecino, que viajaba de la mano de una fresca brisa y de una luz diáfana que nada ocultaba, terminó por situarla en la realidad. Experimentó una sensación de alivio, pese a que nunca lograba librarse del todo del resquemor que le producían aquellas pesadillas y ciertos recuerdos del pasado. Era como si lo malo que guardaba en su interior, su yo más oscuro, hubiera decidido subir a la superficie e invadir su vida presente, y también su sueño. ¿Cuántas veces había experimentado lo mismo? ¿Cuántas veces se había levantado sumida en el más absoluto desasosiego en los últimos años? ¿Cien, doscientas? Desde luego, siempre que aquel delirio se apoderaba de su sueño, siempre que su pasado se mostraba ante ella con una fiereza descarnada.

Siendo miembro del ejército de Israel había sacado a mujeres y niños de sus camas en plena noche, a punta de fusil, destrozado sus enseres, y golpeado y detenido a los hombres para someterlos a continuación a largos y humillantes interrogatorios. Había cumplido órdenes y dado rienda suelta a la «furia acumulada», como la llamaban sus compañeros de armas empleando un eufemismo; había demostrado ser una verdadera combatiente en medio de la incitación masculina, de la sobredosis de testosterona predominante en la institución de la que formaba par-

te en ese momento, si bien ella era consciente de que detrás de aquel comportamiento bárbaro y poco edificante habitaba un miedo incontrolado que la atenazaba por dentro: el temor a no ser comprendida, a no ser aceptada en aquella sociedad que había idealizado siendo niña, cuando vivía con sus padres en el Campo de Gibraltar, y que solo conocía desde la distancia. La decepción fue grande cuando, una vez reclutada para cumplir con el servicio militar obligatorio, descubrió que lo más importante era ejercer el poder y la fuerza sobre todas las cosas. No, en las Fuerzas de Defensa de Israel no había lugar para las debilidades, para los sentimentalismos, para cuestionar los procedimientos, máxime cuando en esos días se estaba llevando a cabo la llamada Operación Margen Protector, cuyo propósito era restablecer la seguridad en el sur del país. Así las cosas, no se entendía que un judío residente en Israel pusiera en tela de juicio la identidad judía. Después de todo, los ataques de Hamas con cohetes eran tan reales como las quinientas treinta y cinco mujeres soldados que habían fallecido en combate entre 1962 y 2016. Claro que también lo era que en el ejército israelí había habido un consenso sobre la cuestión de que «la destreza sexual iba de la mano del logro militar», lo que había dado lugar a que en el año 2000 los informes de acoso sexual contra mujeres soldados alcanzara un promedio de uno por día. En el año 2005, el problema afectaba ya a una de cada cinco mujeres soldados. ¿Acaso las Fuerzas de Defensa de Israel se habían convertido en un «invernadero para relaciones sexuales de explotación», tal y como había denunciado la escritora Laura Sjoberg?

Por no mencionar las «reglas de modestia» que se imponían a las mujeres para satisfacer las demandas de los compañeros soldados ultraortodoxos, y que incluían que no pudiesen quitarse el sostén ni siquiera para dormir, fumar cerca de los hombres, usar camisas blancas o pantalones por encima de las rodillas, etc.

De modo que para ella Israel pasó de ser la solución a parte del problema. Poco a poco, todo se fue resquebrajando a su alrededor. Ni siquiera el *shakshuka*, los huevos pochados en salsa de tomate picante y pimientos que preparaba su abuela eran los mismos que servían en Jerusalén. No, los de su nona se parecían más a los que se podían comer en un país como Túnez o entre la comunidad hebrea de Marruecos. ¡Había sido tan ingenua al pensar que las cosas serían como había imaginado! ¡La Tierra Prometida, ese lugar donde según la tradición fluía leche y miel, no cumplía sus promesas!

Ahora lo veía todo desde la distancia y la madurez, con otra perspectiva, más objetiva, y el miedo había dado paso a un sentimiento de culpa, pese a que ella nunca había practicado la religión del remordimiento. Como le había dicho alguien en una ocasión, una persona puede viajar sin maletas, cambiar de casa o de país cien veces, parecer libre en suma, pero no serlo, porque el peso de la conciencia puede resultar tan fatigoso e incómodo como cargar con un elefante sobre las espaldas. El animal siempre te acaba aplastando.

De modo que ahora vivía guardándose las espaldas, nunca mejor dicho, con los sentidos en estado de alerta cada vez que el aliento del pasado le acariciaba la nuca.

Cuando enfrentó su rostro al espejo del baño, no se reconoció. Hacía tiempo que no lo hacía, que era incapaz de verse como la veían los demás: una mujer alta y atlética, incluso esbelta según los cánones, de tez y cabellera oscura. Una mujer barnizada por esa tonalidad azabache tan característica de las pieles del Mediterráneo milenario, el de las tres orillas; una mujer hermosa a todas luces, a decir de todo el mundo. ¿Pero acaso la belleza tenía alguna importancia? No para ella. También era heredera de ese carácter fuerte y austero propio del Mediterráneo ancestral, de los arbustos que se aferran a la tierra incluso cuando esta está suelta y aparentemente yerma, porque sus raíces son profundas, y de los durmientes volcanes prestos a entrar en erupción en cualquier momento, siempre listos para ejercer su fuerza destructora. Sin duda, prefería realzar ese aspecto de su personalidad a cualquier otro; más superficial.

«¿Cuándo te convertiste en una loba solitaria?», le preguntó a la figura que reflejaba el espejo.

«Tal vez siempre lo fuiste, desde muy temprana edad, desde niña», se respondió.

Por último, dejó que el agua fría de la ducha arrastrara por el sumidero todos sus fantasmas, los pasados y los presentes.

Pasó la mañana en su despacho de la comisaría, revisando expedientes y redactando informes sobre las víctimas de malos tratos que tenía a su cargo: sesenta o setenta mujeres cuyas vidas corrían peligro. Como se solía decir, el papel lo aguantaba todo, pero el día a día era muy dife-

rente. La realidad era muy dolorosa, como lo era vivir con miedo, con la espada de Damocles pendiendo sobre tu vida, aunque en este caso la hoja tuviera la forma y la consistencia de la mano de un hombre. Incluso había inventado un término despectivo para referirse a esos potenciales verdugos: los «machos-dioses».

Un «macho-dios» era, según ella, un hombre al que le faltaba masculinidad y, desde luego, divinidad. Un varón sin atributos, desnaturalizado, con la conciencia ahogada por los complejos y la falta de autoestima. Un hombre que humillaba, depreciaba, degradaba, amenazaba y violentaba a su víctima con la finalidad de imponer su criterio, pues solo así lograba sobreponerse de manera temporal a su inferioridad. Un «macho-dios» era, en definitiva, un pobre hombre con un solo recurso a su alcance: la fuerza bruta; de ahí que resultara tan peligroso.

A la hora de comer, metió el ordenador portátil en su mochila y puso rumbo al Paseo Marítimo de Valencia, frente a la playa de la Malvarrosa, donde la luz del sol y la brisa marina volvieron a abrazarla.

Siempre se refugiaba en el mismo lugar, una antigua cervecería azulejada, de quien alguien había escrito en las redes sociales que no era más que un contenedor con revestimiento de taberna donde todo era de pega. Ella estaba de acuerdo, la comida y el servicio eran tan deplorables que apenas había clientela, lo que le permitía gozar de la soledad que precisaba.

Por último, pidió un café americano doble, encajó los auriculares en sus oídos y se dispuso a escuchar.